

La catedral de Mondoñedo.

Debe su fundación esta catedral, á la reina doña Urraca, que trasladó esta iglesia de San Martín de Mondoñedo á esta ciudad por los años de 1114 y 1117.—En una esquina del claustro, grabada en una lápida, se halla la siguiente inscripción que designa la citada fundación:

«A honor y gloria de Dios, de la Virgen Santísima Nuestra Señora, se fundó esta iglesia catedral en Bretoña, cuando las mas antiguas de España, por cuya pérdida se mudó á Rivadeo y á San Martín de Mondoñedo, de donde la trasladó á este sitio con facultad apostólica en los años de Xpo. de 1114 y 1117. La señora reina doña Urraca Alonso, propietaria de Castilla y Leon, dotándola de muchas heredades y jurisdicciones. Continuando el emperador D. Alonso el VII su hijo. Y estando el claustro muy deteriorado, se comenzó á reedificar año de Xpo. de 1636, con donativos de D. Antonio de Valdés, su Obispo, electo de Oviedo, que lo dispuso y con los del cabildo, dignidades capitulares y otros devotos de la ciudad y obispado. Acabóse por abril de 1640, siendo Sumo Pontífice nuestro Stmo. Padre Urbano III, Rey de las Españas y de ambas Indias D. Felipe IV el Grande, nuestro señor Obispo D. Gonzalo de Somoza.»

Está situada en el centro de la ciudad. Es un edificio de piedra berroqueña, de mucha solidez. La fachada principal es de un solo cuerpo; en medio de ella y sobre la puerta principal, se ostenta el precioso espejo de doscientas y tantas pulgadas de diámetro, mandado labrar á mediados del siglo XVI por el Obispo Soto, que tambien hizo otras muchas obras, y que por su dibujo abierto en la misma piedra, comunica torrentes de luz á la iglesia. Elévanse sus dos torres á 170 palmos sobre el pavimento, cuyos dos últimos cuerpos difieren bastante del total, por haber sido edificadas muy posteriormente por el Obispo Muñoz, prior que fué del convento de San Lorenzo del Escorial, quien en honor á éste hizo labrar y añadió á la fachada los dos bajos relieves, colocados encima de las ventanas colaterales, representando el de la derecha á San Gerónimo y el de la izquierda á San Lorenzo.

El interior está dividido en tres naves de arcos de ojiva, de cuyos claves pendían en otro tiempo sendas lámparas de plata, cuyas, como las demas y abundante plata que tenia, desapareció en la guerra de la Independencia. Su figura es de cruz latina, de 250 palmos de longitud por 148 de latitud. El crucero es muy espacioso, y de buena altura de techo, pende del medio de él unabel la araña de cristal. En él y en la parte del claustro, una preciosa lápida de mosaico traída de Roma, cubre el sepulcro del obispo Cuadrillero, que hizo aquella parte del cru-

ceró; en la parte opuesta es donde se coloca el monumento que la ocupa toda. En la parte de la nave de la derecha, junto á el crucero, se halla el enterramiento del citado obispo Muñoz, con una estatua orando que le representa. Tiene 20 altares: el de la capilla mayor, consagrado en 1462, presenta dos cuerpos de orden compuesto, con 15 estatuas, 4 medallones y un lindo tabernáculo; cierra esta capilla una magnífica balla de bronce, que habre paso á una mas pequeña que cierra el paso hasta el coro: tanto sus paredes como su techo y el de la nave del medio del crucero, estan cubiertos de buenas pinturas al fresco, que representan pasajes de la sagrada Escritura. La sillería del coro es de nogal tallado.—En un altar, á espaldas del mayor, se guardan las pocas reliquias que posee la catedral. La sacristía capitular presenta en su nave un perfecto modelo de arquitectura; son notables sus pinturas y calageria, en que se guardan algunas cosas de mérito. La parroquia de Santiago se halla tambien en la catedral; su altar colocado á espaldas del coro es de un solo cuerpo de orden compuesto; en él se halla una imagen colosal de la virgen llamada Nuestra Señora la Grande, que fué traída por un devoto de la catedral de Lóndres cuando el cisma de Inglaterra.—El altar de la sacristía parroquial denota á primera vista una remota antigüedad.—Asegúrase que esta iglesia, antes de su reedificación, era convento de Templarios, que se extendía á una manzana contigua, en cuyas casas se nota algun vestigio de lo que fueron otros tiempos.

CASAS CONSISTORIALES DE BURGOS.

Inmediato al paseo-alameda del *Espolon* y hácia la parte meridional de la plaza mayor de la ciudad de Burgos, levanta su planta atrevida un edificio de cantería de Ontoria, de tres cuerpos, moderno en su construcción y cuyas graciosas proporciones realzan su hermosa fábrica. Data su construcción del año 1788, por D. Fernando González de Lara, bajo el modelo y reglas del arquitecto mayor é ingeniero civil D. Ventura Rodríguez.

Este edificio es la casa consistorial de Burgos.

Su decoración exterior nada tiene de notable, y revela suma sencillez. Lo único que merece alguna atención es su linda fachada adornada por seis enormes columnas que abren tres pasillos ó ingresos bajo rotundas bóvedas que comunican con el indicado paseo del *Espolon*. Las

14 DE OCTUBRE DE 1855.

habitaciones del piso inferior no merecen mencionarse siquiera, pues nada tienen de notable: en cuanto á las del principal, son dignas de atención tres de ellas, á saber: una de diez metros de longitud por siete y medio de anchura, destinada á negocios y reuniones de poca monta, y otra algo mas reducida, reservada para las sesiones capitulares de solemnidad. Este departamento, adornado de hermoso mueblaje, respira un gusto agradable: de sus paredes penden los retratos de Fernán González á la derecha de la presidencia, y del Cid Campeador á la izquierda: al frente, sobre el fondo del testero los de los dos primeros jueces de Castilla, Lain Calvo y Nuño Rasura, cuya silla jurisdiccional existe como una joya histórica envuelta en una tela de seda en uno de los departamentos contiguos. Una escalera suntuosa de piedra de Ontoria, cuyos peldaños son de una sola pieza, arranca de la puerta principal del edificio, para enlazar sus dos pisos superiores con el inferior, trazando graciosos giros, de sólida maestría. Pero lo que merece mas particular atención es el reducido oratorio que hay en el indicado piso principal, de que vamos hablando y en retirado apartamiento, al servicio y cuidado de un capellan regularmente dotado. En este oratorio, pobre y sencillamente adornado, existe un pequeño túmulo que contiene los restos mortales del Cid Campeador D. Rodrigo Díaz de Vivar y de Doña Jimena, su esposa, que fueron trahumados en 19 de Junio de 1842, desde el monasterio de San Pedro de Cardena donde yacian. Están encerrados en una caja de madera primorosamente construida y labrada, en cuyos costados se leen estas octavas labradas con arte:

Noble, leal, soldado y caballero,
Señor, te apellidó la gente mora,
Y tu nombre de Cid llevó tu acero.
A los muros de Córdoba y Zamora:
Las márgenes del Turia placentero
Reflejaron tu enseña vencedora,
Y al par de tu Jimena en este asiento,
Hoy tu pueblo te erige un monumento.
Hunde la muerte con su ruda planta
De los tronos y reyes la altiveza,
Que á tamaño poder, á fuerza tanta
No hay blasones, ni orgullo, ni grandeza:
Empero del olvido se levanta
Pura, sublime, en su mayor alteza
De los inclitos héroes la memoria,
A embellecer las hojas de la historia:

Es de advertir que Burgos blasona de ser la patria del Cid, á pesar de las aserciones, negativas y controversias suscitadas por los autores en este punto.

El tercer piso del edificio nada tiene de notable, pues se halla destinado para las dependencias de secretaría. Hállase en el archivo un sin número de preciosidades anticuarias, especialmente las notas históricas circunstanciadas acerca del partido decidido que adoptó Burgos en el alzamiento liberal de las célebres comunidades de Castilla, una especial coleccion de disposiciones clásicas y autógrafas de España, el patron original de la vara de Burgos, el espediente autógrafo instruido por Santa Teresa de Jesus, para adquirir de la municipalidad el terreno donde edificó el convento de su orden, y demas, entre otras mil curiosidades, una serie de crónicas y acuerdos documentados de una gran importancia.

A cada lado del edificio se eleva una torrecilla donde se halla el reloj, cuya esfera es de cristal, un escudo con los cuarteles reales en el centro y otros dos de *caput castello*, (1) sobre el fronton y en el coronamiento de los intercolumnios ó pórticos laterales de la fachada.

El antiguo consistorio municipal, antes de trasladarse al ya mencionado, se hallaba sobre el célebre arco de Santa Maria, monumento erigido á Carlos V. en desagravio del alzamiento de Burgos contra el sistema imperial en los bandos de las Comunidades, y dá entrada á la ciudad por la parte que corresponde al puente que enlaza las carreteras de Madrid y Valladolid. Luce en su fachada superficial un juego de estatuas y simulacros de pésimo é irregular gusto. Figuran en primer orden dos columnas que sostienen el medio punto del arco de tránsito con orlas, relieves y atributos. La segunda zona está asimismo decorada con seis estatuas en sus correspondientes nichos, divididos por columnas abalaustradas ó estípitas. Estas estatuas representan, segun Madoz, á Nuño Rasura, juez de Castilla, al conde Diego Porcello, repoblador de la ciudad de Burgos, á Lain Calvo, tambien Juez, á Fernán González, conde de Castilla, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, y en medio de estos dos últimos se alza sobre un pedestal mayor la del emperador Carlos V. Con mucha razon observa Madoz que descuella a efígie del Cid por su construccion incorrecta, y en verdad que se no-

(1) Insignia y distintivo heráldico de la ciudad de Burgos, que data desde el reinado de D. Enrique de Trastámara; *el bastardo*.

ta una irregularidad y desproporcion en las partes que componen sus formas, que afean el conjunto, churrigüeresco y estrafalario del artista.

Un pesado andén ó prescincion que marca la separacion de la primera y segunda zona, corre la fachada paralela elevándose sobre su coronamiento las columnas del *Non plus ultra* en el centro, y á sus extremos dos reyes de armas con sus mazas de honor, ostentan el escudo de la ciudad colocado en su delantera. En el arco central del segundo cuerpo figura tambien una estatua del Angel Custodio tutelar de Burgos. El remate del monumento se halla flanqueado por seis torreones almenados, de piedra de Ontoria, como el resto de aquel.

La soberbia fachada contiene otras particularidades poco notables, que sin embargo forman extraño contraste con el juego de estatuas y sus accesorios, faltos de uniformidad y armonia y que revelan desde luego la poca delicadeza artistica del cincel. La escultura viene á rebatir la importancia clásica que las proporciones atrevidas del monumento han impreso en su carácter sólido y severo y que únicamente el capricho exajerado del artífice ha interpretado con grotesco y equivocado sistema.

Prescindiendo de las menudencias arquitectónicas que ostenta dicha fachada, haremos mencion de las inscripciones trazadas en ella y que corresponden á las respectivas estatuas que quedan mencionadas, y á la parte inferior de sus pedestales sobre cintas figuradas de piedra en relieve arrolladas por los extremos.

Junto á la del emperador Carlos V. se lee la primera, que dice:

D. CHAROLO V. MAX. ROM. IMP. ANG. GALL. GER.
AFRICANO QUE REGI INVICTUS.
S. P. Q. B. ALº D. C.

En la del Angel Custodio:

TE CUSTODEM URBIS STATUIT QUI CUNCTA GUBERNAT.
TU TIBI COMISOS POPULUM TUTARE PATRESQUE.

En la de Fernán González:

FERDINANDO GONZALVI FORTIS CIVI BELLORUM FULGURI ET FULMINI.

En la del Cid.

CID RUI DIEZ FORTISS. CIVI MAURORUM PAVORI TERRORISQUE.

En la de Nuño Rasura:

NUÑO RASURALI CIVI SAPIENTIS CIVITATIS DIPEO.

En la de Lain Calvo:

LAINO CALVUM FORTIS CIVI GLADIO GALALQUE CIVITATIS.

Y por fin en la de Diego Porcello:

DIAGO PORCELLO CIVI PRAECLARIUS GUIRIO ALTERI.

Y en el escudo que tiene la misma estatua á mano derecha:

CIVITAS QUAL REGES PEPERIT ET REGINARE RECUPERAVIT.

Hasta aquí el exterior de ese vetusto monumento: ninguna particularidad ofrece su recinto, ni se respira ese lujo soberbio, que era el tipo genuino y característico de la edad media, tan fastuosos en alardes de aparato y ostentacion: unas piezas desnudas de adornos, algunas labores estacadas, calados y arabescos de un mérito verdaderamente oriental, y afligranados relieves con alicatados y cuadros de mosaico, era cuanto primores se notaban en este recinto imperial á principios del siglo y que han sufrido luego mutilaciones sin cuento. A fines del pasado siglo se trasladó la municipalidad al edificio nuevo, descrito al principio de este artículo; y el último acto oficial celebrado en el antiguo fué la promulgacion del Código de las Cortes de 1820.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

¡VUELVO!

HISTORIA DE UNOS AMORES.

I.

LO DE SIEMPRE.

En medio de unos deliciosos jardines en que brillan las flores mezcladas á los árboles de adorno, en que bulle una fuente de puras y serenas aguas, y sopla un aire embalsamado, se eleva una casa pintoresca por su situacion, y agradable á la vista á pesar de su sencillez; no tiene mas adornos que su blanca fachada y tres ventanas cerradas por persianas pintadas de verde.

En una de esas ventanas se distingue desde la estremidad de la alameda de tilos y acacias que á la casa conduce, un bulto, desde esa distancia no me es posible decir lo que es, pero si te tomas lector la molestia de adelantarte un poco, verás una muchacha lindísima, de esas que á ti te gustan y que á mí no me desagradan.

Ahora puedes verla, y dar tu opinion, aunque yo anticipadamente haya dicho que no podia menos de gustarte una muchacha de buenos ojos, de facciones correctas, de simpático rostro y de no despreciable cuerpo.

Hace un buen rato que está allí y nada de lo que por los jardines pasa la distrae; tiene el alma sumergida en mas altas meditaciones

y no es extraño que no haga caso del canto de las aves, del ruido de la fuente que tanto conoce y del murmullo del aire en la arboleda; tampoco logran sacarla de sus meditaciones, los graznidos de unos cuantos patos que vagan cerca de la fuente ni las oleadas del perfume de los tilos que trae el viento de vez en cuando, hasta su ventana.

Está inmóvil, sus ojos fijos en un sitio, su cuerpo parece el de una estatua y como si su frente no fuera el centro de sus pensamientos, no la marca ninguna arruga, ni en ella se pinta ninguna señal de impaciencia.

Y no cabe duda que espera, á pesar de que no desespera, porque si con otro fin estuviera á su ventana, sus ojos distraídos recorrerían indistintamente todos los objetos que á su vista se desarrollan, y no prestaría una atención tan continuada á ninguno de ellos.

Pero la muchacha se ha movido, su cuerpo se ha inclinado mas hacia adelante y sus ojos se han abierto mas, como si quisiera devorar con sus pupilas un objeto que viene á lo lejos á caballo y que no es fácil reconocer por la nube de polvo en que va envuelto.

Ella debe haberle conocido, porque una de esas sonrisas en que toma parte el alma, se ha dibujado en sus labios, se ha llevado maquinalmente la mano al pelo y al cuello y cinta que le rodea, para arreglar algun pequeño deslizo del tocador, ó algun atrevimiento de la brisa que se haya permitido empapar sus alas en el perfume de sus cabellos.

Mientras se ha verificado esta corta escena ha llegado el objeto esperado, ha parado el caballo debajo de la ventana, y con voz dulce y simpática ha dicho:

—Adios Luisa, vida mia... y antes de acabar la frase cariñosa, que sus labios iban á pronunciar, la puerta se abrió y la muchacha se hallaba junto al caballo á quien hacia fiestas con una mano, mientras la otra descansaba entre las del jóven que le montaba; éste se dobló un poco sobre el caballo para escuchar mejor las palabras que le decia la linda niña, mientras un magnifico perro de Terranova que le acompañaba daba saltos en derredor de la muchacha, ó se ponía á perseguir á los patos que huían despavoridos, lanzando esos desagradables y ronclos graznidos que tienen por costumbre lanzar estos animalitos.

La conversacion de los jóvenes seguia animadísima, pero tan calladito que lo que es nosotros no pudimos percibir mas que algunas palabras bajas y frases entrecortadas que la brisa prolongaba un poco; tan escasas son estas, que no podemos transmitir cuáles fueron por miedo de una interpretacion violenta, ó de que algun académico haga decir á nuestros amigos en vista de ellas, lo que tal vez nunca pensaron decir.

Como cosa de un cuarto de hora duró esto; la muchacha animándose, el muchacho muy contento; Luisa sonriéndose, el manco alegrándose hasta que sonó la hora de la despedida, lo cual se verificó imprimiendo él un beso en la mano de ella apretándole las dos, llamándole su vida, su alma, etc., silvando á su perro que no tardó en llegar, recogiendo las bridas al caballo, y volviendo á apretar la mano de Luisa, al tiempo que una de las ventanas de la casa se abría, en ella aparecia la cabeza de una señora que dijo con tono de satisfaccion y alegría interior: *Son dos ángeles* y se volvió á meter.

El muchacho partió, Luisa se entró en su casa y el jardín volvió á quedar como estaba en el momento de empezar este capítulo.

II.

UN MANDAMIENTO DE LA LEY DEL HOMBRE.

Reuníanse en la casa de campo que ya conocemos y en una pieza hasta ahora desconocida para nosotros, las tres personas de que hemos hablado en el capítulo anterior, algunos vecinos y un jóven que amigo de la casa iba allí por amistad segun unos, y por Luisa segun otros.

Sobre varios y diversos objetos giró la conversacion, que no es del caso referir, siendo de notar únicamente que Luisa habia mirado mucho al jóven con quien la hemos visto hablar por la mañana, que éste habia correspondido á sus miradas con otras tan tiernas y apasionadas como las de la muchacha y que al jóven á quien hasta ahora no conocemos no le habian hecho mucha gracia.

Acabada la conversacion y siendo ya hora de retirarse, los dos jóvenes salieron juntos y agarrados del brazo, empezaron el siguiente diálogo:

—No te puedes figurar amigo Juan lo dichoso que soy?

—Te equivocas Rafael, porque me lo figuro y mas diré, lo he visto, tengo pruebas evidentes y ampliando la cuestion, me das envidia.

—Pues no te lo he dicho con esa intencion, contestó el designado con el nombre de Rafael.

—Luisa es un ángel, añadió Juan, tú la amas, ella te ama y no es extraño que seas tan dichoso.

—¡Ay! yo tambien lo seria si estuviera en igual caso.

—Buen remedio.

—Eso es, buen remedio, que puede uno echarse á buscar amada como el que busca achicorias en un campo; si tan fácil fuera ya tendría yo una mujer á quien amaría mas que á mi vida.

—Y no la tienes? preguntó Rafael.

—No, no la tengo, porque hasta ahora no he visto mas que dos mujeres con quien he simpatizado por completo, la una era Carolina, aquella que iba á las reuniones de la Condesa.

—¿Cómo, qué Carolina?

—Ya sé por qué lo preguntas, interrumpió Juan; porque Carolina estaba casada hacia dos meses; cuando yo la vi por primera vez una noche de baile, me encantó de tal modo que la saqué á bailar, después de haberla dirigido unas miradas capaces de ablandar el bronce, unas miradas puramente platónicas, de esas que tú usas, y yo; henchido de esperanza al sentir su mano entre la mia, creí que iba á ser feliz; la dirigí unas cuantas galanterías de salon, me contestó afable, creció mi ilusion, y por fin me determiné á hacerla mi declaracion.

—Pobre Juan, dijo Rafael, echándose á reir, y ¿qué te dijo?

—Me dijo: Vd. está loco... pues qué ignora Vd. que hace dos meses que me he casado con un hombre á quien adoro mas que á mi vida?

—¿Y tú qué le respondiste?

—Se me achicó el corazon, me retiré á un rincon de la sala de baile y medité:

—¿Y qué resultado te dieron tus meditaciones? preguntó Rafael lleno de curiosidad.

—Este: esa mujer me desprecia, me dije á mí mismo, sin mas razon que porque está recién casada, por que está en la luna de miel, pues procuraré olvidarla y para por si acaso, me propuse dos caminos distintos para domar ó satisfacer mi pasion: ahora me desprecia; pues bien, si no puedo olvidarla, esperaré; la mujer es de suyo caprichosa, algun dia se cansará del que hoy hace sus delicias; entonces tendré libre y espedito mi camino; no cedo, no desmayo, y lejos de eso, adopto mi gran palabra favorita. *Vuelvo*, volveré y puede que entonces sea feliz.

—Y has vuelto? preguntó Rafael.

—Hace un mes, y nada...

—Sigue fiel.

—A muerte.

—Entonces has perdido la esperanza.

—No se pierde nunca la esperanza, dijo Juan con tono solemne.

—Y qué has hecho?

—Qué he hecho? decirme á mí mismo: era pronto y repetir mi magnifica palabra, vuelvo.

—Pues si siempre haces lo mismo vas á divertirte.

—No lo creas, contestó Juan, con las mujeres no debe uno perder nunca la esperanza; son como los niños, lo que hoy les desagrada mañana les agrada y vice-versa, por eso no desespero, quién sabe?

—Pero hombre, dijo Rafael, esas son ideas criminales, no te ha dicho que estaba casada?

—Si y qué?

—Ah! te es igual? entonces estás en tu derecho.

—Te anuncio que no seré yo el primero, siempre he tenido por horrible deshacer la paz de los matrimonios, viviría con un remordimiento eterno y horrible, pero si por casualidad se desliza, ah! entonces es mia, me pertenece, porque la adoro; entonces pongo en práctica mi palabra, y mi conciencia queda tranquila.

—Famosa moral.

—Si no santa, mas laudable es que la del hombre que me ponga en ese caso haciéndola faltar el primero.

—Me choca tu sangre fria, amigo Juan, y entonces vivirías tranquilo.

—Como un bienaventurado.

—Y creerías no haber faltado á la ley de Dios?

—A medias.

—Cómo á medias, no te comprendo?

—Porque si bien dice un mandamiento: no desearás la mujer de tu prógimo; creo muy bien que se podia haber añadido el undécimo: no enseñarle al prógimo la mujer del prógimo.

Una ruidosa y franca carcajada de Rafael acogió esta frase estraña de Juan, que conservaba su serenidad como uno de esos publicistas que con la mayor calma y buena fé encajan una utopia irrealizable y absurda.

Rafael no sabia ya cómo volver á anudar la conversacion, cuando Juan le sacó de apuros diciendo:

—Te chocan mis máximas; no son puras, pero sin embargo creo que pocos hombres pueden tener la conciencia tan tranquila como yo á pesar de mis teorías que á ti como estás en vísperas de poseer una mujer no necesitas para nada la del prógimo.

—Y la otra porque creo que hablabas de dos?

—Si, es verdad, pero esa es historia para mas adelante y ya estamos cerca de tu casa, por lo cual renuncio hoy á contártelo y me reservo ese derecho para mas adelante y cuando tengamos mayor espacio.

Rafael se volvió á reír y se despidió de Juan que echó á andar á su casa adonde llegó al poco tiempo algo triste y donde dió rienda suelta á su estrambótica imaginación.

III.

QUIÉN ERA LA OTRA.

Juan como todo hombre, que se fragua sistemas y que se desarrolla en su cabeza teorías mas ó menos ciertas, mas ó menos absurdas apenas quedaba un momento solo, se entregaba á sus meditaciones las cuales solian durar lo bastante para calentarle la cabeza y llevarle de deducción en deducción, de idea en idea á generalizar absurdamente y á sacar de la inocente palabra, vuelvo, un nuevo mandamiento, es decir, como todo en el mundo, que desde lo mas insignificante nos lleva á gigantescas cosas, á frases capaces de asustar al mismo Pudhom, si éste fuera capaz de asustarse.

Acostóse Juan, y á solas con su almohada, que pasa por buena consejera para la mayor parte de los hombres, empezó á meditar despues de apagar la luz y quedarse en un silencio completo, y que no interrumpia mas ruido que el monotonó y pesado que produce la roedora carcoma cuando se posesiona de alguna puerta ó ventana.

Y Juan se decía á sí mismo:

Nuevas esperanzas deshechas como el humo, sueños de oro desvanecidos como un relámpago, como el humo que flota un momento y nadie sabe donde le impele el aire, como el canto que se deshace sin que quede ni aun eco. Pobre a'ma mia! Otra mujer en quien yo loco y amante, fijé mis amores y que no puede quererme porque pertenece á otro, y á un hombre con quien me unen lazos que no son los del prójimo que pueden relajarse, sino los de la amistad que ahogan con voz poderosa cualquier pasión que intempestiva se levante en nuestro cerebro; y horrible consuelo el que queda sin poder decir mas que esa mujer no me pertenece, porque he llegado tarde, porque otro hombre ha tenido la suerte de pensar antes que yo lo que despues he pensado; porque se lo he dicho antes, y porque ha venido á llenar un vacío que estaba destinado á un hombre, y él ha tenido la suerte de ser el primero; gran consuelo ver la felicidad ajena á costa de la mia, todo por dos minutos, ó dos horas ó dos dias; porque si hubiera acudido antes, yo hubiera triunfado, gran pasión la que no tiene mas mérito que el llevarla delantera, amor mas parecido á una carrera de caballos que á otra cosa, amor hoy legítimo, incomparable, inmenso, y que quizás algun día será pequeño y mezquino como todo lo humano, mujer que hoy halaga al hombre que le ha dicho yo te amo, y mañana sonreirá á otro hombre que llegue á tiempo; pues bien, yo procuraré llegar antes que nadie, yo me presentaré á esa mujer dentro de algun tiempo, antes que la unan á mi amigo vinculos que debo respetar; yo volveré con fiado en su inconstancia, yo le aplicaré mi máxima favorita: no desmayo, me queda un gran recurso, el de no olvidar la palabra para poder entrar á competir ese amor al mas mínimo nublado que haya en él, y los hay, amenudo, porque es cierto el dicho de un poeta (1).

El amor de las niñas
es como el cielo,
tan azul en verano
como en invierno.
Pero un nublado
le oscurece en invierno
como en verano.

Fíese que lei estos versos en un album, los he creído complemento de mi Vuelvo, yo volveré, yo solicitaré tu amor Luisa hechicera, cuando el ingrato Rafael te olvide, cuando nadie se atreva á calmar tus dolores de miedo, que por despecho ajes su corazón; yo amante reígnado, Luisa mia, volveré de nuevo los ojos á tí, y entonces veré coronado tu amor, calmadas tus penas, secas tus lágrimas, y tu corazón renaciendo á la dicha y á la esperanza, con un nuevo amor tan feliz como el cielo, y para cuyo azul no habrá nublado ninguno que lo oscurezca.

Y acabando esta frases dió un suspiro, se acurrucó en la cama, procuró reconciliar el sueño, dejando correr y vagar su imaginación por los espacios vacíos de la ilusión.

IV.

AUN HAY OTRA.

Frecuentaba la tertulia que por la noche se reunia en casa de Luisa una muchacha, que aunque no de una belleza tan perfecta como

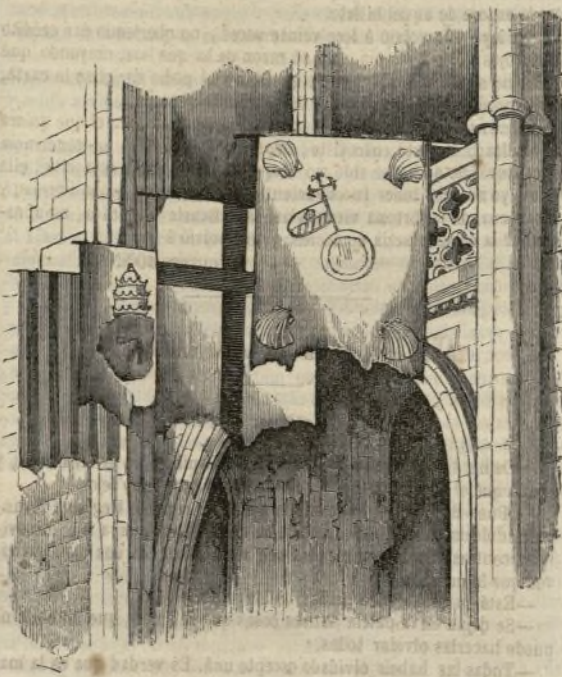
(1) D. Eduardo Gasset.

la de esta, hubiera podido entrar á competir con ella, segura de sacar algunos votos en pró y de obtener mayoría absoluta, sobre todo en los salones donde se baila, se juega, se charla y se ama.

Porque Enriqueta era muy bonita, mas que bonita tenia esa gracia encantadora que anima los ojos y hace esos pliegues tan diminutos y tan divinos en los labios de las mujeres, cuyo principal adorno es la sonrisa.

Enriqueta era bulliciosa, juguetona y maliciosa: habia comprendido en dos dias que Luisa estaba enamorada de Rafael, y aunque algunas veces les habia hecho rabiár, ayudaba cuanto podia á su amiga.

Habia tambien comprendido á primera vista que Juan era un tipo extraño, de esos que se fraguan un mundo en la cabeza al mas pequeño suceso; que tambien le hacia gracia Luisa, solo porque Rafael la amaba, y que se hacia mas desgraciado de lo que era por su modo de ver las cosas; mas de una vez se propuso divertirse á costa de Juan, y aunque no habia realizado ninguno de los proyectos que contra él se habia fraguado, no por eso dejaba de meditarlos de vez en cuando.



Banderas cristianas que se hallaron en la memorable batalla de las Navas de Tolosa.

Nosotros, que tenemos motivos para conocer mas á fondo el carácter de Juan, podemos añadir que la jóven Enriqueta no se habia engañado, y que Juan la hubiera amado á ella tambien si algun dia se hubiera podido sospechar que otro hombre pensaba en aquella mujer.

Quizás Enriqueta deseaba que Juan la dijera algo al contar sus afecciones floridas y al ver marchitarse sus 20 años sin haber oido nunca palabras amorosas, lo cual es muy posible, pero Juan no se habia dado por entendido.

Llegó Rafael á la tarde siguiente del dia en que tuvo el diálogo con Juan al salir de la casa de Luisa, y se halló á esta con su amiga Enriqueta muy en conversacion. Despues de saludarla y de las primeras palabras de costumbre, les contó todo lo que con Juan habia hablado y el maravilloso modo que éste tenia de entender la moral, cuento que se recibió con grandes carcajadas, sobre todo por parte de Enriqueta, á quien hizo mucha gracia el cuento de los amores de Juan.

Apenas se retiró la traviesa muchacha á su casa, se metió en su cuarto y se puso á fraguarse un plan para reirse un poco á costa de Juan y armarle un lío, como suele decirse.

Efectivamente, Enriqueta cogió una pluma, y despues de un rato de meditacion, escribió en medio de algunas risas suyas la siguiente epistola, que se apresuró á mandar á Juan para gozarse cuanto antes en su triunfo: la epistola de Luisa decia así:

«Recuerda Vd. una mujer á quien se atrevió Vd. á declararse en un baile? Una mujer á quien dijo Vd. en medio de otras frases que le dictaba el despecho por las negativas que habia Vd. recibido? ¿Vuelvo? Pues esa mujer desea hablarle á Vd. hoy á la caída de la

tarde en la plazoleta del bosque de Castaños, que está al final de la posesión llamada Valdera. Discreción y silencio.»

Hoy 20.

Apenas leyó Juan esta carta, en virtud de la asociación de ideas, se dibujó en su mente la figura encantadora de Carolina, de aquella mujer casada á quien se había declarado en un baile, la que le había dado calabazas á las primeras de cambio, porque hacia dos meses que había contraído matrimonio con un hombre á quien quería mucho, y que hoy se hallaba habitando el campo como él, viviendo quizás á dos pasos de su casa, puesto que designaba por punto de cita la posesión que habitaba Luisa, y en la plazoleta de los Castaños donde había visto á Rafael amar á Luisa, á Enriqueta en quien no había parado nunca la atención, y donde ni aun por casualidad se había hallado con Carolina, y de quien no había oído hablar nunca por aquellos sitios, siendo así que en el campo todo el mundo se conoce.

Pero sin embargo, como la carta tenía esa letra diminuta e incorrecta que caracteriza la de la mujer, como el papel era fino y mas elegante que el que usan los hombres, como tenía un perfume de esos que solo usa la hermosa mitad del género humano, no vaciló un momento en creer de buena fé que solo una mujer como Carolina podía ser la autora de aquel billete.

La leyó y la volvió á leer veinte veces, no queriendo dar crédito á sus ojos de lo que veía, ni á su razón de lo que leía, creyendo que no podía ser él, sin embargo de que solo á él podía dirigirse la carta, el hombre que disfrutara tanta dicha, tanta ventura.

Puedo sin inconveniente presentarme á ella, dijo, sea el que quiera el resultado de esta entrevista, siempre le quedará á mi conciencia el consuelo de no haber sido yo el que ha provocado esta cita; ella falta, yo no debo tener inconveniente en aceptar sus proposiciones; y luego cuando la fortuna viene á uno á buscarle á su casa, no aprovechar la ocasión sería de necios, y se resolvió á ir.

AGUSTIN BONNAT.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

—Os he dicho, replicó la ninfa, que el espíritu no estaba aquí; y añado que el corazón tampoco. Están uno y otro muy lejos.

—¿Pues dónde están, encantadora hada? preguntó Reginold levantando dulcemente la barba recortada de la careta, cuya fría inmovilidad contrastaba de una manera tan estraña con los dos ojos tan vivos que le miraban.

—Está en Stokolmo á orillas del lago Meler.

—Se dejan en la patria tantas cosas que se aman, que un baile no puede hacerlas olvidar todas.

—Todas las habeis olvidado excepto una. Es verdad que es la mas dulce.

—¿Y cuál, dijo Reginold, interesado cada vez mas en aquella conversacion que al principio no creyó que fuese otra cosa que esas habladurias, propiedad de los bailes, como el polvo es propiedad de los caminos reales.

—¿Cuál? ¿Quieres saberlo? preguntó la ninfa familiarizándose hasta pasar su brazo por debajo del de Reginold.

—Sí, quiero saberlo.

—Lo que no has olvidado es tu amor.

—Es mi injuria, dijo impetuosamente Reginold.

—Había, pues, adivinado, ¿pensabas aquí en una mujer?

—Sí... y ya no quiero pensar mas en ella.

—Esceleste medio para pensar siempre.

—¡Oh! no, todo se consigue con fuerza de voluntad, y la tendré. Se libra uno de la tiranía de un amor que no es mas que una larga traicion...

—¡Te han hecho, pues, traicion! dijo la ninfa con el tono de compas on mas cómico.

—Sí, pero me vengaré.

—¿De quién? ¿de vuestro rival?

—¡Oh! no... no es imposible... ese rival...

—¿No es como otro cualquiera?

Reginold se calló.

—Así que, replicó la ninfa, ¿aun no te has vengado?...

—Comprendo tu impaciencia.

—Nadie puede comprenderla.

—¡Exageraciones de poeta y de amante!

—Estado real de mi corazón. Amo mucho al rey, pero creo que daría su amistad por tenerla de mi brazo durante diez minutos como te tengo... daría mi vida, y sin embargo, no quisiera ni por mucho per-

derla antes de haber descubierto un misterio de nacimiento... daría cuantas alegrías hay en mi pasado, cuanta gloria me reserva el porvenir por tenerla aquí durante diez minutos.

—¿Qué le dirías?

—Estaría ella mas pálida y mas muerta que lo está esa careta de cera que cubre tu rostro cuando me hubiese oído.

—Día llegará en que la vuelvas á ver.

—Un soldado en nada puede esperar con certeza. Me mataron dos caballos el otro día al batirme con los dinamarqueses, otro día matarán el ginete á mi caballo. Y morir sin haberla confundido, humillado, aplastado bajo el peso de sus mentiras!...

—¿Quieres verla?

Tampoco creyó Reginold haber oído que añadió:

—Aun cuando ella debiese morir antes de haber dicho: ¡Perdon!

—¿Quieres verla?

—¿A quién? preguntó con aire estaviado Reginold.



(Aventuras de un loco coronado.)

—A ella.

—¡A ella!... Pero... Reginold se detuvo, iba á pronunciar el nombre de la condesa de Königsmark... Pero repuso, no te comprendo... ella, ella está muy lejos de aquí...

—¿Quieres verla?

—¿Pero dónde? Partiré al instante...

—¿Quieres verla aquí?

—Pen el precio que quieras á ese milagro: joyas de oro, adornos... las armas del rey están abiertas para mí... Las agotaré. ¿Qué quieres?

—¡Ay! soy rica, respondió la ninfa profundamente afligida por mostrarse incorruptible al oro y los diamantes.

—¿Entonces qué quieres? habla...

—Me has dicho hace un instante que darías tu vida por ver á la condesa?

—¿He dicho la condesa?

—No, pero supongo que es condesa... nada hay de ofensivo en ello...

Parado Reginold con aquellas respuesta, dijo á la ninfa:

—Si he dicho que daría mi vida por ver á la condesa...

—Has añadido que no querrías, ni por mucho, dejar la vida antes de aclarar un misterio de nacimiento...

—¿Y qué?

—¿Y qué! dime ese misterio... El oro no puede seducirme, pero lo

- extraordinario puede todavía aguardarme, añadió la ninfa con un acento de lasitud é indiferencia que sólo fingir admirablemente.
- Pero no lo conozco, repuso Reginold.
- Dime lo que sepas de él.
- Pero...
- ¿No quieres, pues, verla?
- Te diré todo lo que he sabido... Pero ¡oh! todas estas palabras son bromas del baile que el viento y las danzas llevan lejos, repuso Reginold, son diversiones de un cuarto de hora, plumas locas que se desprenden de los tocados... Vé, encantadora ninfa, vé á recobrar tu puesto tanto tiempo vacío en medio de esos rigódones, donde te echan de menos y te buscan...
- Creía tu amor y tu venganza cosas más serias, repuso la ninfa, cuyo tono de sinceridad volvió de nuevo á Reginold á su primer asombro.
- Pero serías maga si me hicieses ver aquí á la condesa, y hace mucho tiempo que no habitan las hadas este mundo...
- ¿Quieres que te diga lo que ha sucedido durante tu viaje de Suecia á Dinamarca?
- ¿Para probarme tu magia? ¡Bonito medio! me dirás que ha hecho viento, que la noche ha sido fría; pudo hablar tanto el primero que ha venido...
- Habeis, sin embargo, experimentado accidentes menos comunes en la travesía... Creo que cierta linterna ha estado á pique de perderos en el tránsito de los *Tres Pasos*
- ¿Sabes eso?
- Con pelos y señales.
- Confieso...
- ¿Confías á creer en mi hechicería?
- Después de todo, dijo Reginold, mil personas de la tripulación, dos mil pueden haberme dado los detalles de ese acontecimiento, del cual casi no sé cómo nos hemos escapado. Así es que esa prueba no es convincente... Han pasado durante esa noche memorables hechos más graves, añadió Reginold, arrugando los papeles en su bolsillo, escenas más terribles para el corazón y el alma que para el cuerpo que esas amenazas de naufragio por más siniestras que fuesen.
- Hay papeles... ha tocado con rabia unos papeles, pensó la condesa de Koenigsmarck, porque no se habrá dudado ni un instante que era ella la que hablaba con Reginold, y esos papeles... son cartas...
- Sí, dijo, han debido pasar escenas más terribles sobre el navío durante esa noche... no me atrevería á hablarlas de ellas.
- ¿Qué sabeis, señora?
- El cambio de voz de Reginold mostraba que ya estaba trastornado...
- Esas cartas...
- Y qué! señora esas cartas?...
- Se dice que son cartas de la condesa; lo demás es natural.
- Espéculos, señora.
- Esas cartas que parecen prueban...
- ¿Qué prueban señora? ¿que prueban con la mayor claridad el carácter sin fé, sin lealtad...
- Dios mío, estais seguro de que son de ella?
- ¿Su letra!...
- ¿Cómo si no se falsificasen todas las letras!
- Sus pensamientos!
- Todas las mujeres tienen los mismos pensamientos.
- Pero el que me ha entregado estas cartas es incapaz...
- Sin duda la delicadeza de los reyes en amor se halla bien establecida!
- ¿Os he dicho yo que era el rey?
- Nada me habeis dicho... cuidado... soy yo quien os lo digo todo.
- Pues bien, señora consiento en el tratado que me proponeis sin intentar averiguar el interés que teneis en contratar.
- Os he dicho ese interés, la curiosidad; ¿creis que esto no es nada en una mujer?
- Si consiento en ese tratado, sin embargo...
- ¿Pues qué! ¿vacilais aun?...
- ¿Qué me ha entregado el rey con estas cartas? decid.
- Vaciló la condesa un instante, sin embargo dijo:
- ¡Inedulol!
- Pero decid, decid señora.
- Escéptico!
- Espero, señora, que digais....
- La condesa intentaba penetrar...
- ¿Qué, dudais que sepa?...
- No dudo, pero hablad.
- ¡Eh! ¡Dios mío! el rey al daros esas cartas os ha dado también un retrato...
- Basta, señora, basta exclamó Reginold, estoy convencido... Seais
- bruja, maga ó no!... firmo bajo palabra de honor el pacto que hacemos aquí... Enseñadme la condesa de Koenigsmarck y...
- Y me direis todo lo que sabeis sobre vuestro nacimiento.
- Todo... pero vamos! mi impaciencia...
- Aun falta una condición
- ¿Cuál? el esperar me mata... por favor, señora.
- ¿Os contentareis con ver la condesa á la distancia que os la coloque?...
- ¿Pues qué! ¿no he de hablarla?
- Puesto que la vereis...
- Es preciso que la hable señora... pero no me detengais más ó decidme que todo esto no es más que un juego...
- ¿Teneis aun alguna cosa que pedirme?
- Sí.
- Concedido; pero concluid.
- Aquí hay dos mil luis en dos bolsas...
- ¿Qué he de hacer de ellos, señora?
- Seguid la punta de mi tirso; ¿veis allá abajo en la galería lateral mesas de juego?
- Las veo, señora; ¿pero por qué?...
- Veis tambien en derredor de aquellas mesas ocupadas por los jugadores un oficial que con las manos en los bolsillos y aire pensativo, como os he encontrado hace poco, mira ora al cielo, ora al oro reunido sobre los verdes tapices?
- Es un oficial francés, sábio y bravo ingeniero, el caballero Megret...
- Le conozco.... tomad esos dos mil luis, ponédlos en vuestro bolsillo y acercaos á él indiferentemente...
- Corriente... ¿en seguida?
- No tardará en deciros que no juega por falta de dinero.
- ¡Ah! si señora, teneis razon en decir que le conocéis.
- Cuande se haya quejado muchas veces de ese modo le ofrecereis algunos luis, despues algunos más aun, y si pierde siempre ofrecedle hasta que haya perdido las cuarenta mil libras en oro que yo os he dado
- ¿Y despues?
- Nada más: la casualidad hará lo demás.
- Me conducireis ahora cerca de la condesa aun cuando siga dudando hasta el último momento que esté aquí?
- Confiad en mí... idle primero junto al caballero Megret, aguardad que no será mucho, á que os haga comprender que no tiene oro para jugar, prestadle aguardando á que la partida esté bien empeñada entre él y algun jugador, y en un cuarto de hora (todos estos incidentes no durarán arriba de un cuarto de hora) ireis á la cúpula. La cúpula es la última pieza de la galería grande: es un retrete adornado de espejos; en el fondo hay un sofá... sobre él estará sentada la condesa de Koenigsmarck...
- ¡Ah señora! en verdad que es preciso amar para creer.
- Y creer para amar...
- ¿Pero esto es magia?...
- ¿Quién os ha dicho que no lo sea? Cuando todo lo que acabamos de decir se haya cumplido, vendreis á reuniros conmigo aquí, donde os esperaré... id ahora á encontrar al caballero Megret...
- Reginold y la ninfa se separaron.
- El baile pasaba de su aurora á su medio día: las mujeres contentas al principio como las flores cuando el sol las toca apenas con su luz horizontal se desplegaban radiosas y brillantes al calor de las bugias, al soplo ardiente de la música. Atravesó Reginold todos aquellos parterres animados para acercarse al caballero Megret, á quien encontró en efecto muy pensativo, girando sin cesar como un condenado en torno de las mesas de juego sin poder acercarse á ellas. Cada golpe un poco notable le ponía fuera de sí y su rostro se contraía de alegría y de envidia. Aspiraba las cartas, devoraba con los ojos los dados. Justamente en el momento en que Reginold se le acercaba el huésped espléndido de la fiesta, el baron de Sandel, venia hacia él diciéndole:
- Espero, caballero, que ya no sentireis no habermos muerto.
- Sonrióle Megret tendiéndole la mano.
- Al contrario, me complazco en extremo de veros con tan buena salud.
- Vuestra estocada fué ruda.
- La vuestra tambien fué buena, baron.
- Mejor fué la vuestra, caballero.
- Por otra parte, repuso Megret, se forma una union demasiado fuerte entre dos que han comido hierro juntos.
- Esa es mi opinion, caballero. ¡Ah! pero vos estais ahí como un centinela junto á esas mesas de juego? ¿Tendrais acaso miedo de tocarlas?
- No... pero... ya veis, señor baron, el placer del baile me arropa... me basta...
- No quereis jugar un poco?

SEÑOR D. P. DE M.

—Ya no juego, señor baron...
 —Ya no jugais! ¿Es, pues, alguna voto hecho á alguna be'la, ansiosa de poseeros todo entero?
 —No... no es eso precisamente... pero toda pasion se estingue.
 —La del juego jamás, caballero... me ocultais la verdadera razon de vuestro alejamiento del juego...
 —No... señor baron... que decirle pensaba con rabia Megret.
 —No jugareis una partidita conmigo?
 —Muerte é infierno, murmuró cada diente del caballero; perder tan hermosa ocasion de tomar mi revancha!
 —¿No respondeis?
 —La delicadeza, señor baron...
 —De qué delicadeza hablais? Os he ganado en París todo lo que poseais y temeis ganarme en Copenhague algunos puñados de luises?
 —Veamos... vuestra revancha, caballero... esta mesa está libre...
 Iba Megret á espresar una de las mas dolorosas negativas que haya pronunciado nunca un mártir, cuando Reginold le deslizó cien luises en la mano.

Animóse de repente el semblante de Megret; sus ojos, empañados, brillaron como los del gato en la sombra; las manos de los jugadores tienen ojos y lábios y conoció que era oro. Dirigió á Reginold una mirada que quer á decir: pedídmelo un día que vaya á matar por complaceros al gran turco, é iré al instante.

—Pues bien, exclamó el caballero Megret con un gesto de abandono perfumado de cortesía, estoy á vuestra disposicion, M. de Saudel; sentémonos en esta mesa de juego, á la que me haceis el honor de convidarme.

—Enhorabuena, caballero.
 —A vue. tras órdenes, baron.
 —Os reconozco en fin...
 —Qué quereis?
 —Quiero que gane's.
 —Sois demasiado bueno, señor baron.
 —Vos dais cartas, caballero.

Desde que vió Reginold la partida empeñada entre el baron de Sandel y el caballero Megret, deslizó aún nuevecientos luises sobre las rodillas de éste, que no sabia qué pensar de aquella generosidad fabulosa, y se levantó. Corrió á la cúpula, lugar de la cita que le habia dado la ninfa para ver á la condesa de Koenigsmarek ó al menos á la que él miraba siempre como la condesa de Koenigsmarek.

Cuál no fué el asombro de Reginold cuando separando las cortinas vió una mujer que tomó por la que acababa de dejar apenas hacia un cuarto de hora! El mismo corpiño verde, la misma falda rosa, el mismo peinado; un tirso en la mano. Como las paredes de aquella habitacion estaban adonadas de espejos que acompañaban aquella forma singular, la imagen de la persona sentada sobre el sofá se hallaba reproducida muchas veces. Pero á cualquier lado que se volvíse Reginold no podia persuadirse de que la ninfa del baile no fuese la de la cúpula.

—Pero, señora, vos no sois la condesa de Koenigsmarek?
 —Os equivocais, respondió Georgina quitándose la careta...
 —Si, sois vos en realidad! exclamó Reginold... esa semejanza del traje con otra persona ha causado mi error... despues, la casualidad (si la casualidad ha hecho nunca semejantes maravillas) de encontraros aqui cuando os he llamado en Suecia... Pero su ño' realidad, señora, doy gracias á la suerte que me ha puesto en vuestra presencia para que pueda deciros...
 (Continuará.)

BELLAS ARTES.

Damos cabida con el mayor placer en nuestro periódico á la siguiente carta, que dirige á uno de los escritores de la obra *Recuerdos y Bellezas de España* el dibujante, arqueólogo y editor de la misma D. Francisco Javier Parcerisa, desde la capital del principado de Asturias, donde se hallaba en la época á que la carta se refiere, haciendo estudios y tomando vistas y apuntes de monumentos para el tomo que se está publicando sobre aquella interesantísima provincia. En esta carta se consigna un descubrimiento arqueológico, cuya noticia debe escitar vivamente el interés de los aficionados á escudriñar las huellas del arte nacional en la cuna de la monarquía restaurada. No es en verdad el primero que la historia de nuestras artes debe á la infatigable laboriosidad de los autores de la publicacion referida: ellos han recogido y publicado los preciosos y venerandos fragmentos de aquella encantadora poblacion de Medina Azzahra, cuya existencia se tenia por fabulosa. El descubrimiento de que hoy se trata tiene, aun si cabe, mas importancia para la historia y el arte de la España cristiana.

Oviedo, 31 de agosto de 1853.

Mi querido amigo: Mucho me alegro de los buenos ratos que dice Vd. le proporcionan mis apuntes de viaje; celebro tambien hayan sido tan de su gusto las noticias que le di en mi última sobre la solitaria y casi ignorada abadía de San Antolin de Bedon.

No dudo, pues, atendida su aficion á las antigüedades, que la lectura de la presente carta le cause una agradable sorpresa.

Ya recordará Vd. que Fr. Prudencio de Sandoval, en su libro de los cinco obispos, describe el monasterio de San Pedro de Villanueva, detallando menudamente las esculturas de la portada, relativas á la historia ó tradicion de la desgraciada muerte del rey Favila, y llamando además la atencion sobre los notables trajes de las figuras.

No habrá Vd. olvidado asimismo que el P. Florez, en una nota al *Viaje santo de Morales*, tratando de dicho monasterio, dice que de las piedras ó esculturas de que habla Sandoval solo se conserva una, de la cual sacó su dibujo para la estampa del tomo primero de las *Reinas Católicas*; lo que parece indicar que con el trascurso de los siglos se habrian desmoronado ó consumido; no reparando empero, tanto él como muchos que posteriormente han visitado este monumento, una particularidad que salta á los ojos, y es que en toda la portada no se echa de menos piedra alguna, presentándose como acabada de ayer.

Esta observacion, que no se escapó á nuestro amigo Cuadrado en su viaje de 1852, le decidió, como á otros, á negar que hubiesen existido jamás tales esculturas, fundándose asimismo en la poderosa razon de que, en caso de haberse caído ó de que las hubiesen quitado, se conocerian los huecos ó bien los adornos nuevos que en su lugar se hubiesen puesto.

Grandes eran mis deseos de ver con claridad en este caos de contradicciones; llegó por fin el día deseado, vi efectivamente la portada, al parecer intacta, y sin embargo, nada de las tan apetecidas esculturas, exceptuando la indicada por Florez.

Con todo: no pude persuadirme de que el respetable Sandoval, que tan fielmente habia descrito el retablo de San Millan de la Cogolla, hubiese podido faltar á la verdad hasta el punto de detallar minuciosamente y como testigo de vista lo que nunca hubiese existido.

En estas dudas andaba yo fluctuando, cuando llamaron mi atencion algunos sillares de un arco moderno pegado á la misma portada y que sostiene el campanario. Parecióme además que el de la puerta cuajado de labores en todo su grueso, no debia acabar tan mezquinamente como con un simple cordoncillo; esto, unido á otras particularidades, me hizo concebir la sospecha de que, al construir la pesada torre del siglo XVI, debieron cometer algun acto de vandalismo.

Deseoso, pues, de aclarar mis dudas, espúselas al señor cura párroco D. Antonio Carabera, así como el deseo de arrancar y reponer á mi costa algun sillar del arco de la moderna torre, y participando dicho señor de mi curiosidad, no encontró inconveniente en hacerlo, y aun ayudó en cuanto pudo.

No bien habia saltado la primera piedra, cuando se realizaron mis esperanzas, apareciendo en un magnífico capitel las dos figuras abrazadas y besándose, que describe Sandoval; pero bárbaramente roto aquel en su parte inferior para sentar el malhadado sillar.

Animado, pues, por este buen resultado, seguí con mas afan la comenzada tarea, seguro como estaba de que en nada se perjudicaba á la solidez de la mencionada torre; pero lo malo era que detrás de los sillares venia una gruesa pared de cal y canto muy difícil de derribar. Ya comprendera Vd. que la operacion no era un derribo en regla, sino profundizar en un ángulo una abertura paralela á la linea de la portada.

Por fin, á fuerza de tiempo y paciencia, tuvimos la gran satisfaccion de ver aparecer y de contemplar con nuestros propios ojos un precioso cuadro de relieve con el rey á caballo, el azoren el puño, y la reina á pié abrazada á él como despidiéndose. Los trajes son curiosos, y los verá Vd. en la lámina que voy á libografiar en coanto regrese á la corte.

En seguida mandé practicar otra abertura mas arriba, á fin de descubrir el remate del arco principal, con la cual pude ver que consistia en una grandiosa greca ó zigs zags, cuyas labores salientes picaron completamente para sentar mas á gusto los modernos sillares.

No dudo, querido amigo, que á la lectura de la presente habrá Vd. participado de mi alegría, así como tambien de la satisfaccion de ver renovada y ratificada tan poética tradicion por medio, de estas esculturas, ignoradas de todos por espacio de doscientos años próximamente, vindicando al mismo tiempo la buena memoria y veracidad del historiador Sandoval.

Debo decirle que todo lo descrito es un costado de la portada, comprendiéndose fácilmente que en el otro correspondian iguales adornos con los demás pasos que describe el autor últimamente citado. Pero como al arrimar la desgraciada torre no lo hiciesen en linea paralela á

la puerta, resultó que de un lado derribaron las labores y buen trozo de muro, empotrando en él uno de los machones, y en el otro no llega este á la pared de la portada con media vara, por lo que lo prolongaron hasta dar con las esculturas, resultando de todo, que el arco de la torre del siglo XVII quedó sirviendo de marco á la linda puerta del XII, detrás del cual quedaron escondidas, mutiladas y aun destrozadas todas las labores que escedieron los límites de tan indecorosa guarnición. Lástima y rabia dá ver tal desacato y profanación por hombres que en su época pasaron por sábios; y que, á fuer de maestros de la escuela llamada del *buen gusto*, destrozaron cuantas poéticas creaciones cayeron en sus manos para ajustarlas á la *buen arquitectura de regla y compás*.

Gracias, pues, que nos dejarán lo que hoy admiramos en dicha portada y no la sustituyeran con la rutinaria decoración de dos ó cuatro columnas, sosteniendo un simple frontoncillo con sus acróteras.

¡Pobre San Pedro de Villanueva! La reforma de los iconoclastas pelucos no se contentó con el exterior, sino que echó abajo todo el cuerpo de la iglesia, cambiando sus tres naves de sillería por dos desaliñadas y lisas paredes, salvándose únicamente y como por milagro la capilla mayor y las laterales. Por la lámina de este trozo que le incluyo podrá apreciar lo que sería todo el templo. Del claustro bizantino solo dejaron tres arcos interiores, entrada seguramente á la antigua sala capitular, reemplazando dicho claustro con uno de gruesos y bajos pilares con arcos rebajados y un segundo cuerpo por el mismo corte.

Las sepulturas fueron violadas, sirviendo tres grandiosas tapas con relieves bizantinos, de jambas y dintel á la puerta de la antes bodega de los monjes, situada en el mismo claustro. Una antigua pila bautismal regalada al monasterio por los bienhechores Juan y María en el siglo XII, como consta de una inscripción de la misma, despreciada también por los rincones de que *remozaron* el edificio. Esta tuvo la bondad de trasladarla hace algunos años á la capilla de su casa de Cangas de Onís, el señor don N. Cortés, y á esto tal vez se deba su conservación. Podrá Vd. hacerse cargo de ella en el dicho dibujo de la capilla mayor, donde la he colocado como accesorio.

Sin embargo que la presente pasa ya de los límites epistolares, no quiero cerrarla sin indicarle al menos alguno de los chistosos accidentes que pasaron. Atendida la malicia ó sencillez, si se quiere de la gente campesina, y su afán en soñar riquezas, podrá Vd. hacerse cargo de la interpretación que desde luego se dió á nuestras investigaciones. No hubo palabras que pudieran disuadirles de la idea de que buscábamos un tesoro, y á esta voz acudían las gentes como llovidas, pero lo crítico fué el segundo día, pues al ver nuestras demostraciones de júbilo por la aparición de la cabeza del caballo, corrió como un relámpago la voz de *ya han topado un caballo de oro!* Baste decirle que tuvo que tomar parte la justicia de la inmediata villa de Cangas de Onís, ya para desengañar á los visionarios, como para frustrar, según se supo, los planes de algunos que, prevenidos con herramientas, intentaban por la noche, con esposición de un hundimiento, destrozar el muro, á fin de anticipársenos en el botín.

Ultimamente, las buenas razones de dichas autoridades y de algunos vecinos ilustrados, y el mismo descubrimiento visto con mas calma, lograron apaciguar los ánimos, llegando á convencerse y hasta conocer que el hallazgo era en realidad un tesoro, pero no de metal codiciado; sino histórico y de piedra, y aun opinaron y determinaron que no se volvieran á tapar, quedando así á vista de todos.

Basta, pues, por hoy: lo que resta será de palabra. Mañana parto para el monasterio de Obona, donde no sé si encontraré algún resto de los remotos tiempos de su fundador Adelgaster; si he de juzgar por la demolición de cuanto llevo visitado en Asturias, harto lo dudo: ¡cosa rara! En ninguna provincia he visto mas destrozos, al paso que ninguna ha tenido mas medios de conocer y apreciar sus bellezas monumentales, pues como Vd. sabe, los mas selectos escritores de nuestra patria, casi desde los tiempos de la invasión sarracena hasta nuestros días, se han ocupado de su descripción con entusiasmo.

Quedo en escribirle desde Obona; interim, consérvese Vd. bueno y con expresiones á los amigos se repite de Vd. este muy suyo

FRANCISCO PARCERISA.

LETRILLA.

Donde hubo fuego
cenizas quedan.

Doña Paquita
que es hoy condesa,
en sus principios
fué verdulera;

y aunque á las gentes
con quien alterna,
sus verdes años
jamás recuerda,
se apea á veces
por las orejas,
y en los salones
habla de berzas.
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

La mojigata
Doña Hemeteria
fué cuando jóven
muy pipireta;
y hoy por las calles
anda tan seria,
que los muchachos
corren al verla;
pero con todo,
si la requiebran,
de puro gusto
se tambalea.
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

Cuando era niño
sin experiencia,
grandes consejos
me dió mi abuela:
así, aunque luego
por ir con hembras
hiceme tuno de siete suelas,
recuerdo mucho
sus moralejas
y me arrepiento
de ser tronera.
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

Mi linda esposa
cuando soltera,
por un alférez
estuvo lela:
llegué yo un día,
miróme tierna
y echó al mocito
de su presencia.
Yo sin embargo
cuando él la encuentra
digo temblando
por mi cabeza:
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

No há muchos años
que Lucas era
mas dado al vino
que una bodega;
luego á sus padres
hizo promesa
de no probarlo
ni Valdepeñas;
pero aunque el mozo
no va á Crimea,
trajo hace poco
dos turcas presas.
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

V. MARTINEZ NULLER.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.